

Cuida de mi recuerdo, niña mía.
Contigo lo he dejado;
cuando partí me vine de vacío.

Cúidalo, y no me llames
si lo pierdes, o acaso palidece
por negligencia tuya;
yo no podré enviarte otro de nuevo.

Que todo te entregué
cuando fuimos insomnio.

Solo tengo el dolor de la partida
y un cansancio infinito.

Sólo escucho
el terrible silencio del futuro.

(1967; en *La suma imposible*, 1969)

Cuida de mi recuerdo

Es, bajo una suerte de canción, un poema de amor transido por la pena, por las consecuencias terribles del amor cuando nos desgarran, como debe ser, a fondo. Pese a su temprana factura, y con una voz muy propia de la poética posterior del autor, algo hay en el poema de elegíaco, de ceremonia de adiós, en su lirismo sostenidamente confesional y triste, en su tono susurrante e íntimo donde podemos descubrir tanto romanticismo como perspectiva helénica y pagana: la separación no mata el amor pero acaba con un mundo que pensamos y deseamos absoluto, definitivo, al punto de que queremos que la memoria lo eleve a la categoría de lo invicto e inmortal, de dios definitivo y único. Por ello entre los amantes que se apartan el amor persiste como una herida. Se le quiere sostener en la memoria pero la única probabilidad es la del terrible silencio del futuro, donde ese amor ya no estará. Para el amor, el recuerdo es una habitación vacía y de silencio.

(*Joaquín Marta Sosa*)

